

entrar sencillamente, como de costumbre?...

— Venía á anunciarle á la señora que la comida está servida, y creía, y temía...

— ¡Basta!... Para otra vez, puede suprimir ese excesivo celo...

Y, como para demostrar que estaba muy por encima de semejantes suposiciones, añadió, volviéndose á medias hacia Francisco :

— Ponga otro cubierto; el señor Pommeret come conmigo.

V

Las primeras semanas de Agosto habían sido muy borrascosas; llovió abundantemente, y los jardines de la Mancienne se hallaban aún abri-llantados por el agua. El Aubette, bruscamente engrosado, cambió en torrentes las cascadas artificiales del parque; los taludes y los cuadros de césped, aun conservaban las huellas del légamo que dejó la inundación. El huracán azotó la arboleda; multitud de ramitas, tallos y hojas verdes cubrían la superficie del estanque, y los rosales, encorvados á ras de tierra, dejaban caer sobre la

arena sus vástagos cuajados de rosas deshojadas. Con la cabeza descubierta y la falda recogida hasta el tobillo, la señora de Lebretón visitaba las plata-bandas empapadas, comprobaba los destrozos, y con sus propias manos, protegidas por guantes viejos, arreglaba retoños, amontonaba tierra, quitaba los tallos tronchados y manejaba, de vez en cuando la podadera. Mientras jardineaba, cortó dos malvalocas rojas y se las prendió en el pecho. Parecía que andaba con más ligereza y con mayor alegría que de ordinario. Sus negras pupilas tenían más fulgores; las mejillas mate, ostentaban matices de rosa. Dijérase que la tormenta al refrescar la atmósfera y las plantas, había proporcionado á Adriana una renovación de juventud y de gozo. Mientras que recorría los macizos deshechos y los cuadros de flores estropeados, oyó crujir la arena bajo unos pasos lentos y medidos; volvió la cabeza y divisó al Padre Cartier en el extremo de una avenida.

El cuerpo alto y enjuto del presbítero se destacaba negreando sobre el fondo de verdor; la plena luz del día, acentuaba más la delgadez austera y el semblante ascético del Párroco. La señora de Lebretón, que no lo había vuelto á ver desde la tarde en que se confesó, es decir desde hacía tres

semanas próximamente, no pudo disimular la turbación. Los tonos sonrosados de las mejillas subieron de punto, en tanto que el Rector, recogiendo los pliegues de la flotante sotana y levantándose el sombrero de teja, le dirigía un saludo ceremonioso y mesurado.

— Buenos días, señor Rector — exclamó Adriana, con acento emocionado. — ¿Cómo sigue usted?

— Perdone que la moleste tan temprano, señora — dijo el sacerdote, sin contestar á la pregunta. — Estoy haciendo la colecta mensual para los pobres, y he creído que no debía pasar delante de la Mancienne sin entrar á pedirle á usted una limosna.

— Ha creído usted muy bien, señor Rector; dispéñeme que lo reciba de este modo... Me ha sorprendido usted en traje de jardinera...

El presbítero miró de soslayo el cuello desnudo de la viuda, y el escote del cuerpo del vestido, adornado con las malvalocas encarnadas; después bajó los ojos con expresión de contrariedad y contrajo, más que de costumbre, los finos labios.

Joubert ha dicho, no sé dónde, que « los perfumes escondidos y los amores secretos se delatan ». De Adriana Lebretón desprendíase aroma

de amor y de satisfacción voluptuosa, que fué para el Párroco una revelación repentina y que le hizo experimentar íntima sacudida de piadoso desagrado y de santa cólera.

— Tenga usted la bondad de acompañarme — añadió la viuda, quitándose los alfileres de la falda, que cayó modestamente hasta los pies — y le entregaré mi limosna.

El cura, silenciosamente, con el semblante ceñudo, echó andar detrás de la dueña de la casa. Cuando estuvieron en el gabinete, Adriana abrió el cajón de un mueblecillo, tomó dos monedas de veinte francos y las depositó en la mano huesuda del sacerdote.

— Para los pobres, señor Rector — dijo, inclinándose.

El amor dichoso hace á los corazones más caritativos, y á las manos más pródigas; la limosna era doble que de ordinario, pero ni por este obsequio inesperado se suavizó el presbítero. Sin modificar el gesto displicente, se guardó las monedas y dió las gracias con sequedad.

— Sentí — añadió la señora de Lebreton — que sus ocupaciones no le dejaran á usted venir el domingo último á comer en la Mancienne... No tuve suerte con mis invitaciones; faltaron otros

comensales: el notario y su esposa, y la Administradora de Correos y su hermana.

El Rector puso cara de asombro, como si ignorase lo que pasaba en su parroquia.

— ¿De veras?... ¿Se habían ausentado de Auberive esas señoras?

— No, señor; las señoritas de Chesnel se hallaban ocupadas en un trabajo urgente, y la señora de Bouchenot estaba indispuesta. Pero usted, señor Rector, ni ausente, ni enfermo... ¿por qué faltó?...

— Dispéñeme, señora — contestó, mordiendo los labios — y permita que reserve las razones de mi abstención.

Adriana levantó bruscamente la cabeza, y dijo, tratando de sonreír:

— ¡Malas deben ser esas razones, señor Rector, cuando no se atreve usted á manifestarlas!

Inclinándose ceremoniosamente, murmuró el sacerdote:

— Por buenas las tengo... pero le ruego, señora, que no insista... Déjeme que continúe guardando hacia usted una reserva de la que no he salido desde nuestra última entrevista.

Comprendiendo el sentido de la alusión, palideció la viuda, y replicó lacónicamente:

— Nada de eso, señor Rector; insisto y ruego á usted que se explique; me gusta hablar claro.

El Padre Cartier exhaló un suspiro sibilante y contristado.

— ¿Quiere usted que hable claro, señora?... ¡Bueno! ¡Pues sea!

Y añadió, bajando la voz:

— La última vez que nos vimos, le dí ciertos consejos inspirados en prudente circunspección... Usted ha considerado oportuno desdeñarlos... Mirando mi autoridad pastoral desacatada, sólo me quedaba un camino que seguir: abstenerme... Viniendo á sentarme nuevamente á la mesa de usted, hubiera parecido autorizar con mi presencia cosas que deploro, y hubiera escandalizado á mis feligreses, que ya lo están bastante con el espectáculo de lo que aquí pasa.

— ¿Qué pasa aquí, y de qué escándalo habla usted? — exclamó la señora de Lebrétón.

— ¿Lo pregunta usted, señora?... ¿Le parece bien que yo, un sacerdote, repita lo que habla el vecindario?...

— Sí, señor Rector, lo deseo; ha ido usted demasiado lejos, para no llegar hasta el fin... ¡Haced el favor de repetirme lo que se dice!...

— Se dice que el señor Pommeret viene á esta

casa muy á menudo, no solamente de día, sino de noche...

— Es verdad. El señor Pommeret pasa algunas veladas en la Mancienne... ¿Qué mal hay en ello?...

— Si no hay mal en ello, y así lo espero — continuó el sacerdote, bajando los ojos — ¿por qué ese joven, en vez de salir, como todo el mundo por la cancela principal, sale, bien entrada la noche, por la puertecilla del parque?...

— ¡Pero esto es un verdadero interrogatorio! — observó Adriana, riendo nerviosamente. — Continúe, se lo suplico.

— Perdone; hay cosas que no debo repetir.

— Puede usted repetir las — declaró la viuda, con tono altanero, — toda vez que yo me presto á escucharlas.

— Nadie se oculta sino cuando procede mal — advirtió el presbítero, severamente.

— ¿Para qué había de ocultar yo nada?... ¿No soy viuda, libre y dueña de mis actos?...

— Nadie tiene libertad para desafiar la opinión pública... ¿Sabe lo que dicen á voz en cuello los aldeanos? « ¡El que es rico, cree que puede permitírselo todo! » Eso dicen; y si, por cortesía ó por interés, algunas personas siguen poniéndole

á usted buena cara, crea que se lamentan y se duelen cuando están lejos de aquí...

— ¡Perdone! Esas benditas almas que de mí se ocupan, y usted mismo, señor Rector, olvidan una cosa : que soy viuda y que puedo sentir el deseo legítimo de cambiar de estado... ¿Desde cuándo se considera como escándalo ver á una viuda joven aún pensar en contraer segundas nupcias?...

El sacerdote sonrió con cierta ironía.

— ¡Ah! — exclamo. — Desde el momento en que usted cree en las intenciones matrimoniales del señor Pommeret...

— Pues ¿qué intenciones quiere usted que tenga un caballero leal y bien educado hacia la mujer que ama? — murmuró la señora de Lebreton, enrojecida y enojada.

— ¡Dios me libre de formular juicios temerarios! — suspiró el Padre Cartier, moviendo la cabeza. — Pero me inspiran poca confianza las intenciones de los jóvenes faltos de creencias.

— El recelo hace á usted excederse en sus apreciaciones, señor Rector — contestó con sequedad Adriana. — Y esas apreciaciones son tan injuriosas para mí como para el señor Pommeret... ¿Me considera usted capaz de recibir íntimamente

á un hombre al cual no considerara como mi futuro esposo?...

— Supongamos que esto acaba en boda — observó el presbítero, con amargura; — ¡pues será mucho peor todavía!

— ¿Por qué será mucho peor?...

— Ese joven tiene diez años menos que usted — insinuó intencionadamente el Párroco.

— ¿Qué importa, si me ama tal cual soy?...

— Verdad es que no posee capital — añadió el cura, con ironía.

— ¡Señor Rector! — protestó indignada la señora de Lebreton. — Amo al señor Pommeret y tengo confianza en él.

— Y ¿sacrificará usted á la niña que adoptó?

— Dionisia vivirá con nosotros, y el señor Pommeret le servirá de padre.

— ¡Un padre demasiado joven! — murmuró con sorna el sacerdote. — En fin, hago votos porque todo salga á medida de los deseos de usted, señora... ¿Cuándo debo publicar las amonestaciones?

Ante la brusquedad de la pregunta, Adriana se ruborizó y permaneció silenciosa un momento. El párroco la miraba fijamente, se dió cuenta de la turbación de la dama, y adivinó que había sido